



Tiempos difíciles

por Dionisio Byler

Esta semana a mediados de noviembre cuando me toca preparar *El Mensajero*, entre las noticias principales figuran los cambios de gobierno en Grecia e Italia. Uno de los efectos que se esperaba de estos cambios, con lo que indican de seriedad política en esos países para poner en orden sus cuentas y evitar el colapso de la economía europea, era que los mercados aflojaran su especulación contra la deuda de países como Italia y España. Efecto que —al menos cuando escribo estas reflexiones— no parece materializarse. Al contrario, la crisis parece ahondarse y difundirse, amenazando con extenderse a casi toda la Unión Europea exceptuando Alemania.

Son tiempos difíciles. Tiempos en los que es fácil que cunda cierto desánimo y pesimismo generalizado acerca de las perspectivas económicas de todos los europeos.

Aquí en España también tendremos cambio de gobierno, un cambio que sin duda tampoco nos traerá ningún alivio del ataque de los inversores y especuladores. (Salvo los más incondicionales fanáticos de Rajoy, no creo que nadie crea que por el sólo hecho de que él sea ahora el presidente, los especuladores cambien de actitud y vayamos a recuperar cifras de empleo como las de hace cuatro o cinco años.) Por eso intuyo —y acaso me equivoque; ya se sabrá cuando se leen estos renglones— que no vaya a haber celebraciones exageradas en toda España por el resultado de las elecciones. No son tiempos para celebrar sino tiempos difíciles, tiempos de estrechez y preocupación para la mayoría de los españoles.

También en este número:

Madurez y libertad (2º de 2)	4
La agonía de Dios	6
Diccionario: Mesías	8



Otras épocas peores

Nos cuentan los que entienden de esto, que hay que remontarse ochenta años atrás, al colapso económico del año 1929, para hallar otro punto tan delicado en la economía mundial como el que atravesamos ahora mismo. Aunque eso sea cierto si se tiene en consideración la economía del mundo entero, sospecho que la cosa pintaba bastante más negra en España durante la Guerra Civil (1936-39) y para casi toda Europa durante la Segunda Guerra Mundial (1938-45). En aquellos años, al colapso de las inversiones y la incertidumbre económica, había que añadir las dificultades para cultivar y obtener alimentos por la propia dinámica de la guerra; pero mucho peor, el temor y pesimismo vital que generaba el tener todo el mundo algún ser querido en uno de los frentes de combate. Y desde luego si se combatía donde uno vivía y uno sentía vibrar el suelo con el tronar de bombardeos, supongo que el futuro se le antojaba bastante más oscuro que la peor de nuestras previsiones presentes.

Pero a todos los que hemos nacido en años posteriores a aquellas cosas,

la guerra se nos hace muy distante en el tiempo y casi inimaginable como experiencia personal. Acostumbrados como veníamos estando a los años de bonanza y expansión económica generalizada, ahora nos hallamos poco preparados mentalmente para las estrecheces y dificultades que aprietan cada mes más que el anterior. Nos parece inimaginable y escandaloso, ya no digamos que nos embarguen la casa, sino el hambre, la incapacidad real de alimentar a nuestros hijos. ¡Qué fácil es olvidar tantísimas generaciones de la humanidad que han padecido hambre, peste, guerras, tasas exageradas de mortalidad infantil donde criar hasta adulto aunque tan sólo fuera uno de los hijos, era un logro monumental.

En el siglo después del nefasto — para los «indios» — descubrimiento de Colón en 1492, se calcula que la población del continente americano pasó de 100 millones a menos de 10 millones. La culpa la tuvieron pestes euroasiáticas como la viruela, para las que los nativos americanos no tenían ninguna inmunidad. Es imposible para mí imaginar vivir en un mundo donde

la mortalidad sea tan demencialmente mayor que la natalidad. Algo por el estilo había padecido Europa unos dos siglos antes. A los estragos de las hordas mongólicas que penetraron por Rusia hasta Polonia y Hungría y diezmaron la población de la mitad oriental de Europa, se sumó uno de los peores brotes de peste bubónica de todos los tiempos, que arrebató la vida a más de un tercio de la población de todo el continente. La despoblación europea en esas generaciones fue brutal. No tan brutal como la despoblación de América a partir de 1493, pero en cualquier caso terrible.

Gozo y esperanza en el Señor

Y es que tiempos duros, tiempos difíciles, siempre los ha habido. Como «mal de muchos es consuelo de tontos» y dudo mucho que mis lectores sean tontos, sospecho que lo expuesto hasta aquí muy poca consolación va a traer.

No, adonde quiero ir a parar con estas reflexiones es a observar lo asombroso que resulta la fe y esperanza —el auténtico gozarse en Dios— que descubrimos en la Biblia entre personas cuyas vidas, las más de las veces, atravesaban también la circunstancia de tiempos difíciles.

¿Cómo es posible la actitud de algunos de los salmos, donde después de quejarse ampliamente de sus muchas desdichas —la enfermedad, estar rodeado de enemigos que insultan, azotan y buscan matar— al final todo el asunto concluye con una declaración de confianza en Dios y auténtico regocijo por la esperanza de salvación que está por llegar?

En los libros de Reyes hay un episodio donde en la ciudad de Samaria, asediada por sus enemigos, se acaban los víveres y cunde el hambre hasta tal extremo que algunas madres se comen a sus hijos. ¿Cómo es posible seguir confiando en Dios y creyendo sus promesas cuando te toca vivir en esa generación, esas circunstancias? Lo asombroso no es que muchos abandonaran a Dios para adorar otros dioses. Lo asombroso es que siendo aquellos tiempos como eran, seguía habiendo gente dispuesta a seguir esperando en Dios y seguían adorándole incondicionalmente solamente a

Adonde quiero ir a parar con estas reflexiones es a observar lo asombroso que resulta la fe y esperanza —el auténtico gozarse en Dios— que descubrimos en la Biblia entre personas cuyas vidas atravesaban también la circunstancia de tiempos difíciles.

él. ¿Cómo consiguieron esa fe? ¿De dónde sacaron esa fortaleza interior?

El profeta Ezequiel fue testigo de dos cosas, a cuál peor. Primero, desde la Babilonia donde habían sido llevados a exilio la primera tanda de los cautivos de Jerusalén, Ezequiel vio por el Espíritu la depravación de los sacerdotes que quedaban a cargo del culto en el Templo del Señor. Vio cómo abandonaban al Dios de Israel y practicaban toda clase de abominaciones, en culto a toda suerte de bichos y espíritus engañosos. Observó cómo por consiguiente, la Presencia del Señor que había entrado al Templo en los días de Salomón, ahora se levanta asqueada y se marcha, abandonando la ciudad pecadora a su suerte. Y segundo, a la postre Ezequiel se enteró de que Jerusalén no sólo volvía a

En estos tiempos difíciles, no estaría mal que nos preguntásemos si nos identificamos con los que en el Apocalipsis son esa gran multitud que reclama al que está sentado en el Trono y al Cordero, que intervenga. Que ejecute su justicia divina. Que aniquile de una vez este triste régimen de opresión y nos traiga su propio reinado, eterno y benigno.

ser derrotada sino que ahora la ciudad entera —y el propio Templo del Señor— habían sido arrasados por los enemigos. La destrucción fue brutal y de todo aquello ya no quedó más que ruinas inhabitables y abandonadas. Y sin embargo... Sin embargo Ezequiel no se deja vencer por el desánimo y pesimismo. Ezequiel empieza a tener visiones de un nuevo futuro, un futuro fantástico, de alegría, reconstrucción, paz y fidelidad a Dios. Dios haría algo nuevo. Daría un corazón de carne en lugar de corazones de piedra y derramaría su Espíritu sobre su pueblo, trayendo vida a huesos muertos y secos. Los tiempos difíciles pasarían. No inmediatamente ni en la generación de Ezequiel, bien es cierto. Pero llegaría el día cuando la gloria posterior de lo que Dios prometía, haría olvidar las terribles cosas pasadas.

¡Cayó «Babilonia»!

Siglos más tarde un tal Juan —uno de varios con ese nombre en el Nuevo Testamento— se encuentra desterrado a la isla de Patmos. Algunos años antes, el Imperio Romano había hecho una demostración de su fuerza brutal e irresistible para aplastar sublevaciones, destruyendo Judea y Samaria y Galilea, arrasando el magnífico Templo de Herodes (una de las maravillas arquitectónicas de aquella era) y la propia ciudad de Jerusalén. Los romanos hasta cambiaron el nombre de aquella tierra a Palestina —en honor a los filisteos, consabidos enemigos antaño de Israel. Allí donde desde hacía más de mil años se había alzado Jerusalén, ahora los romanos fundarían Aelia Capitolina, dedicada a los dioses de Roma, donde los judíos tenían terminantemente prohibido residir. De la guerra judía, el Emperador se había llevado a Roma cincuenta mil esclavos.

Verdaderamente, el Impero Romano era a todas luces irresistible. Su poderío y brutal efectividad para alcanzar sus objetivos no tenía paralelo. Los dioses de Roma parecían merecer la devoción incondicional no sólo de los romanos sino de toda la humanidad sometida a dominación romana. El mundo romano era de una crueldad y brutalidad exquisita, que hacía de la muerte humana un espectáculo para



El Muro de los Lamentos (Jerusalén). Este muro de contención, lo único que dejaron en pie los romanos del magnífico Templo de Herodes, es desde antiguo y hasta hoy, un lugar de peregrinación de los judíos.

anotará en su Apocalipsis. Según estas visiones, Roma no era tan eterna como se lo prometían los que prosperaban con ella. Se había alzado otro más importante que el César. Alguien que pondría fin a todos los sufrimientos padecidos por los enemigos subyugados de Roma, aunque a la vez pondría fin a la prosperidad engañosa y opresiva de los que se enriquecían con el poderío romano.

Este que gobernaría sobre toda la humanidad —¡Oh sorpresa!— no es otro que el Cordero que ha vencido al dejarse degollar. Con su reinado volverá a establecerse Jerusalén como sede del favor divino, una Nueva Jerusalén descendida directamente desde el cielo —ya que la Jerusalén terrenal ha sido borrada del mapa por los romanos. Una Jerusalén con calles de oro, cuya existencia constituye en sí misma una denuncia absoluta de las enormes deficiencias de Roma.

Ante el anuncio de «¡Cayó, cayó Babilonia!» (refiriéndose en clave a Roma, para eludir la censura), todos los que habían prosperado con ella empiezan a lamentar, a llorar, a gemir y suspirar con tristeza incontenible. Porque con la caída de «Babilonia», veían perecer todos sus negocios. Pero curiosamente, en medio de tanto lamento y llanto, hay otros —una gran multitud— que reaccionan de otra forma:

¡Alehuya!

*Nuestro Dios es un Dios salvador,
fuerte y glorioso,
que juzga con justicia y con verdad.
Él ha condenado a la gran prostituta,
la que con su lujuria corrompía la
tierra.*

*Ha vengado así en ella
la sangre de sus servidores.*

(Ap 19,1-2, versión La Palabra)

¿Con quién nos identificamos?

En estos tiempos difíciles, entonces, no estaría mal que nos preguntásemos con cuál de estos dos grupos del Apocalipsis nos identificamos. Si con los que con el régimen les iba bien, los que prosperaban y medraban y se podían permitir ignorar la cruda realidad de opresión, explotación, esclavitud y crueldad en que se basaba el mullido estilo de vida que disfrutaban. O si con la gran multitud de los que reclaman al que está sentado en el Trono y al Cordero que intervenga, que ejecute su justicia divina, que aniquile de una vez este triste régimen de opresión y nos traiga su propio reinado, eterno y benigno.

Es comprensible la preocupación ante la situación actual de la economía mundial, de los que no tienen otra cosa a que aspirar, que aumentar su fortuna personal y ahondar en el estilo de vida materialista que es característico de nuestra civilización.

Lo que no es tan comprensible, es la preocupación, el desánimo y el pesimismo si lo que nos mueve es una auténtica hambre y sed de justicia.

El lado oscuro de la economía mundial que tantos beneficios nos reportaba, es el auge de la esclavitud en nuestra generación, el hambre y la desesperación que parece haberse instalado permanentemente en gran parte del continente africano, las duras condiciones de vida que han impulsado a millones de africanos y «latinos» a abandonar su tierra y sus familias para probar suerte aquí en Europa y en España. Estas realidades claman al cielo, reclamando justicia divina. Cuando el Soberano de cielos y tierra permite ahora este duro toque de atención a la economía europea, tal vez en lugar de dejarnos arrastrar por el pesimismo que embarga a nuestros vecinos, nuestra reacción debería ser también la de la gran multitud del Apocalipsis:

*¡Alehuya! ¡Nuestro Dios es un
Dios salvador, fuerte y glorioso, que
juzga con justicia y con verdad!*

entretener a las masas. En el circo se ensayaban continuamente nuevas y más espectaculares formas de hacer sufrir y morir, para regocijo de un pueblo embrutecido, que disfrutaba con alegría febril viendo agonizar al prójimo. Y la economía de Roma se asentaba sobre el trabajo de esclavos que trabajaban de sol a sol a golpe de látigo. Si nos parece brutal y despiadado el capitalismo especulativo que domina nuestro mundo hoy, es que hemos olvidado lo mucho peor que han sido otros imperios.

Pero el Imperio Romano trajo, paradójicamente, siglos enteros de paz y prosperidad. Medraron el arte, la cultura, las letras, la arquitectura, la ingeniería de carreteras y de acueductos monumentales, algunos de los cuales permanecen hasta hoy. Fue una era de comercio, donde algunos se hicieron con fortunas fabulosas. Los años del auge de Roma tenían toda la apariencia de ser tiempos de bonanza, tiempos de prosperidad y felicidad.

Juan, desterrado a la isla de Patmos, tiene una serie de visiones que

Jesús —modelo de libertad— no sólo vivió en libertad sino que también alertó a sus seguidores de algunas ataduras que impiden vivirla, las cuales pueden hasta esclavizar al ser humano.

La madurez cristiana (18)

Madurez y libertad (2º de 2)

por José Luis Suárez

En el número anterior sugería que la libertad es la mayor aspiración humana, pero al tiempo afirmaba que la libertad humana tiene sus límites, ya que termina allí donde uno se la quita a los demás.

Sacando un texto de su contexto, el relato de Génesis 2,15-17 puede ilustrar esa gran verdad de que la libertad del ser humano no es absoluta ni individual.

En Génesis 2,16, Dios dice al hombre: «De todo árbol del huerto podrás comer». Pero a continuación le dice: «Del árbol del conocimiento del bien y del mal no comerás, porque el día que comas, ciertamente morirás».

Propongo que ese árbol del conocimiento del bien y del mal —por cierto misterioso— podría muy bien significar el optar por hacer lo que a uno le da la gana sin tener en cuenta ni a Dios ni a los demás seres humanos, lo cual tiene consecuencias trágicas tanto en el relato de Génesis como en la vida de tantas personas en la historia de la humanidad.

Son pocos los que alcanzan la libertad, el bien más deseado de todos, ya que se necesita una auténtica madurez para vivirla, debido a que son muchas las ataduras que nos lo impiden. Seguramente muchos de los lectores de este artículo pensarán que la esclavitud es parte de la historia triste de la humanidad. Pero yo sugiero que la esclavitud sigue existiendo y que la persona que está en proceso de maduración, debe estar atenta a todas las formas de esclavitud moderna que nos acechan y que nos impiden vivir en auténtica libertad.

Jesús —modelo de libertad— no sólo vivió en libertad sino que también alertó a sus seguidores de algunas ataduras que impiden vivirla, las cuales pueden hasta esclavizar al ser humano.

A continuación enumero algunas de las más frecuentes, para luego terminar con algunos apuntes sobre el precio que tenemos que pagar para vivir en libertad.

Algunas de las ataduras más frecuentes que nos impiden vivir en libertad

1. Ataduras a las posesiones

Las posesiones se han convertido en el mayor tesoro del mundo moderno. Cargamos nuestra mochila con todo aquello que nos parece necesario, no solo para hoy sino para mañana. El poder económico es hoy en día la mayor fuerza que mueve el mundo. Es la enfermedad del mundo occidental. No definiendo en este artículo una aversión al dinero ni a las posesiones, pero sí afirmo que cuando el dinero o las posesiones se convierten en el factor de mayor trascendencia de la vida y el barómetro que guía nuestras decisiones, estamos siendo dominados por el poder de las posesiones. Cuando en nuestra vida nos identificamos con todo aquello que poseemos, nos hemos convertido en esclavos de las posesiones y por consiguiente esta esclavitud nos convierte en seres humanos incapaces de valorar otras realidades de la vida.

Cuando la mayor parte de decisiones que tomamos en la vida tienen como referencia el poder económico, aunque no lo reconozcamos, estamos siendo dominados por aquello de lo que nunca estaremos satisfechos, ya que siempre queremos más y más.

En occidente la identificación nuestra no es con nuestra persona sino con todo aquello que poseemos; medimos nuestro valor como seres humanos en función de todo aquello que tenemos. Sin lo que tenemos nos consideramos seres desprovistos de valor y somos incompletos.

2. Las ataduras del pasado

Son muchas las personas que viven ancladas en el pasado, en aquello que les hubiera gustado hacer y no hicieron. En aquellas equivocaciones que



no se han llegado a perdonar. En aquellos agravios que otras personas les hicieron y que no pueden perdonar. Entonces viven en continuo rencor hacia aquellos que les hicieron daño.

Esta semana me enteré de una situación de dos hermanos en enemistad desde hace 20 años. Al fallecer el padre, uno de ellos se negó a ir al entierro por no querer ver a su hermano.

Aprender a liberarnos del pasado de forma que nos sirva de aprendizaje pero no de atadura y que nos permita vivir con alegría, es un desafío para muchas personas en el día de hoy. El perdonarnos y perdonar al prójimo, es soltar un peso de la mochila que llevamos por la vida y que nos impide vivir en libertad.

3. Las ataduras a los triunfos

Ganar y ganar al precio que sea, es una de las grandes adicciones en nuestra cultura. Y como el ganar ocurre muy raramente, si lo que perseguimos en la vida es ganar, nos tocará sufrir y mucho. No estoy en contra de las superaciones personales. Al contrario, la superación debe ser una constante en la vida del ser humano. Pero sí cuestiono el ganar a expensas de que los demás pierdan.

Es interesante observar lo que ocurre cuando perdemos en algo que estamos realizando. El no ganar no significa siempre perder, ya que si durante la realización de lo que estábamos haciendo disfrutábamos, ya hemos ganado. La vida está en el disfrute, no siempre en el ganar. El disfrute siempre es posible aunque el ganar sólo ocurre algunas veces.

Cuando los grandes deportistas de elite se obsesionan por ganar se bloquean, y la mayor parte de las veces pierden. Cuando un buen entrenador dice a sus jugadores de fútbol que disfruten, que se lo pasen bien jugando, son muchas las veces que ganan, además de disfrutar.

Esta es una de las grandes paradojas de la vida, que no vivimos para triunfar, vivimos para disfrutar. Y cuando disfrutamos, algunas veces ganamos. El triunfo está en disfrutar antes que el ganar. Cuando la única

preocupación es ganar, nos ponemos tensos, nerviosos, no disfrutamos y entonces perdemos.

La persona en el camino de la madurez, no necesita vencer para sentirse mejor y satisfecho con lo realizado.

4. Las ataduras a los demás

La persona en el camino de la maduración considera que la presencia de los demás en su vida es fundamental para vivir, pero al tiempo no depende de los demás en aspectos tan importantes como la economía y las decisiones.

Toda relación humana es rica en la medida que se vive desde una actitud de desprendimiento e independencia. La independencia no significa despreocupación por los demás. Todo lo contrario, nos interesan tanto los demás, que deseamos eliminar todo elemento que dificulte una relación de autonomía y libertad.

Una persona se encuentra encadenada cuando vive a expensas de los que otros le den, de lo que opinan y esperan de ella, cuando los demás deciden la vida que uno debe llevar.

5. Las ataduras a tener siempre razón

Me doy cuenta que este empeño en tener siempre razón hace parte de la forma de vida de muchas personas. Mantener a toda costa el propio punto de vista, querer tener siempre razón y en todo, cerrándose a toda posibilidad de ver las cosas de otra manera, muy a menudo se convierte en un tema de sufrimiento. Impide dialogar de forma pacífica con los demás.

¡Qué difícil es reconocer la propia ignorancia! El dogmatismo de creer que siempre tenemos razón, que lo sabemos todo, nos aleja de los demás en lugar de acercarnos a ellos. Una buena tarea educativa con los niños es enseñarles desde su tierna infancia a decir «No sé», «No tengo ni idea», «No entiendo».

Vivir sin la pretensión de tener siempre razón, nos permite mostrarnos tal como somos, personas vulnerables, capaces de cambiar y de reconocer equivocaciones. Cuando esto ocurre estamos en el camino de la libertad para amar, servir, aprender,

Mi propuesta es que la libertad en definitiva radica en un cambio profundo de paradigma, en el que la libertad humana nunca debe ser sólo personal, sino de todos aquellos con los que nos relacionamos y en última instancia de toda la humanidad.

caminar con otros y dejar que la vida nos sorprenda.

El precio que debemos pagar por vivir en libertad

Jesús, modelo de libertad, nos enseñó con sus palabras y vida que él fue asombrosamente libre. Interpretó el deseo del Padre en aquella sociedad en la que vivió, de forma que lo más importante, el amor sin reserva hacia los más necesitados, tuviera prioridad sobre todo lo demás. La libertad de Jesús la encontramos en que no tuvo miedo a nada, empezando por expulsar a los mercaderes del templo. Al final no tuvo miedo ni del mismo Pilatos, procurador romano, que le condenó a muerte. Jesús no estaba sometido a la presión de los deseos y falsas necesidades.

Jesús no estaba atado ni a las posesiones, ni al pasado, ni a los triunfos ni a los demás, ni siquiera a demostrar que tenía razón en todo aquello que afirmaba. No estaba atado a nada ni a nadie, porque su libertad no consistía en buscar su propia libertad, su propio bien, sino el bien y la salvación del ser humano.

Jesús demostró con su manera de vivir que la libertad siempre tiene un precio. Que implica la liberación de los apegos a las cosas, a la necesidad del éxito, a mantener una buena imagen y sobre todo, a buscar la libertad exclusiva de uno mismo.

Para la persona en el camino de la maduración, el precio de la libertad no es otro que buscar el bien común: todo aquello que es lo mejor para la familia humana y no únicamente para uno. Porque no somos individuos

aislados sino parte de un todo mayor que uno mismo. Entonces es ese **todo** lo que determina la libertad.

Mi propuesta es que la libertad en definitiva radica en un cambio profundo de paradigma, en el que la libertad humana nunca debe ser sólo personal, sino de todos aquellos con los que nos relacionamos y en última instancia de toda la humanidad. Esto quiere decir que debemos trabajar y vivir para el bien común de toda la colectividad humana. Cuando pretendemos vivir la libertad como experiencia personal sin tener una mirada a la colectividad humana, nos puede acontecer lo que nos describe «El cuento del ratón, la gallina, el cordero y la vaca», que pasaré a contar.

Para poder ir más lejos

Buscando la libertad de nuestros semejantes, encontramos la nuestra.

Una mañana un ratón, mirando por el agujero en la pared de su escondite, vio al granjero y a su esposa abriendo un paquete. Se preguntó: «¿Qué tipo de comida podía haber allí?» Quedó aterrorizado cuando descubrió que era una trampa para ratones. Fue corriendo al patio de la granja para advertir a todos:

—¡Hay ratoneras en la casa!

La gallina, que estaba cacareando y escarbando levantó la cabeza y dijo:

—Discúlpeme, señor ratón. Yo entiendo que es un gran problema para usted, pero a mí no me perjudica en nada y no me incomoda.

El ratón fue hasta el cordero y le dice:

—¡Hay una ratonera en la casa!

—Disculpe, señor ratón. No hay nada que pueda hacer por usted. Le recordaré en mis oraciones, porque su vida corre peligro.

El ratón se dirigió entonces a la vaca, que después de la información del ratón, le dijo:

—¿Pero acaso estoy yo en peligro? Pienso que para nada me afecta.

Entonces el ratón volvió a su casa, preocupado y abatido, porque debía encarar él solo el tema de la ratonera.

Aquella noche se oyó un gran barullo como el de una ratonera atrapando a su víctima. La mujer del granjero corrió para ver lo que había atrapado. En la oscuridad, ella no vio que la ratonera había atrapado la cola de una serpiente venenosa. La serpiente picó a la mujer. El granjero la llevó inmediatamente al hospital. Ella volvió a casa con fiebre. Todo el mundo sabe que para alimentar a alguien con fiebre, nada mejor que una sopa. El granjero agarró la gallina y la mató como ingrediente principal de la sopa. Como la enfermedad de la mujer continuaba, los familiares fueron a visitarla. Para alimentarlos, el granjero mató al cordero. La mujer no mejoró y acabó muriendo. Entonces el granjero tuvo que vender la vaca al matadero para cubrir los gastos del funeral.

«La esclavitud más denigrante es la de ser esclavo de uno mismo» (Séneca).

«Hemos levantado la estatua de la libertad sin haber construido primero la de la responsabilidad» (Viktor Frankl).

La agonía de Dios

La noticia está en todos los medios de comunicación. El Cuerno de África atraviesa una terrible hambruna. Las imágenes que nos ofrece la televisión son terribles. Miles de niños mueren de hambre. Los vemos esqueléticos, con los ojos hundidos, sin apenas aliento, o bien con sus vientres hinchados porque están llenos de parásitos. Las madres desesperadas sólo pueden abrazar a sus hijos hasta que la muerte los arranque de su lado. La noticia no es nueva. Sólo que ahora es peor.

Se nos dice que la ayuda humanitaria no puede llegar con facilidad porque hay enfrentamientos entre grupos armados... Esto da que pensar sobre la miseria y la locura humana. Pero en medio del infierno —éste sí que existe, aquí y ahora— se ven también rasgos de grandeza y dignidad. Una madre acababa de dar a luz a un niño, en medio del Hambre. Pero tuvieron que llevársela pues padecía cólera. Otra mujer se hizo cargo del recién nacido. Cuando la periodista estaba hablando con ella, ésta le dijo: «No tengo nada que darle, seguramente morirá. Pero le puedo dar mi amor». ¿Cómo pueden convivir estas dos realidades humanas en este mundo?

¿Y dónde está Dios? Esta es la gran pregunta. Los que creen en un Dios que interviene, tienen que buscar muchas explicaciones para exculparlo de tanto silencio. Algunas explicaciones son crueles, como aquel creyente que me dijo que todo eso era un juicio divino por los pecados. Claro está que dijo estas «piadosas» palabras desde el confort de su casa. Me imagino que él se consideraba mejor que aquellos niños inocentes. No se puede creer en un Dios tan cruel y malvado. Pero la pregunta persiste. ¿Dónde está Dios?

Dios está en aquellos niños, aquellas madres, aquellas personas desesperadas. Es un Dios impotente, que no puede hacer nada. ¿O sí puede? Dios es la Fuente de la vida y del Amor. En Él estamos, existimos y nos movemos como diría el apóstol Pablo. Por lo tanto esas personas tienen hambre existiendo en Dios, no al margen de



Él. Pero ¿de dónde vendrá la ayuda? Dios no interviene, pero... sí puede acontecer.

Y Dios acontece cuando los hombres encarnan la Compasión.

Por lo tanto somos nosotros, los que estamos en otros contextos, los que debemos intervenir. Más concretamente, los cristianos que nos decimos seguidores de Jesús de Nazaret.

Somos la *Providencia de Dios* como diría el filósofo español José Antonio Marina. Porque Dios es, según este autor, *Acción Compasiva*.

El reino de Dios es una nueva manera de ser humanos. Un mundo de Justicia y Libertad y Amor. Jesús nos mostró el camino a seguir, que consiste en combatir todo aquello que degrada a los seres humanos. Todo aquello que despersonaliza. Es un reino que basándose en ese Amor que es Dios, denuncia los intereses de los poderosos, de los especuladores, de los que se creen dueños del mundo. Ese reino nos interpela a un compromiso con nuestros hermanos que sufren, que tuvieron la circunstancia de nacer en el lugar del mundo donde sólo hay violencia y miseria.

Algo debemos hacer. ¿Escucharemos esa voz que nos llama a intervenir? ¿Seremos discípulos de aquel que pasó por la tierra haciendo bienes? ¿Encarnaremos ese reino del cual nos habla Jesús? ¿Queremos ser *la respuesta de Dios, su Providencia*?

Esas personas sin futuro, esos niños que mueren, son los nuestros, representan... **la Agonía de Dios.**

—Julián Mellado



Arriba. Nazda Begum (izquierda) y Beauty Begum operan una máquina creada por MCC para separar la fibra de hojas de la planta de piña, para elaborar hilos exóticos con los que se crean prendas para la venta. Esta industria pionera brinda trabajo y por consiguiente alimenta, a familias en Bangladesh.

Abajo. Nasima Begum (izquierda) y Deslima Begum trabajan en sus telares para fabricar telas con hilos elaborados a base de algodón y fibras de plantas de piña y plátano. La investigación y desarrollo de estos hilos exóticos es importante para poder fabricar productos que generan enorme interés en los mercados local e internacionales.



Fotos y explicaciones, de la web de MCC (Comité Central Menonita), la prestigiosa ONG internacional de esta familia denominacional cristiana.

Diccionario de términos bíblicos y teológicos

Mesías — Ungido. Término empleado con referencia al acto simbólico con que Samuel indicó la elección divina de los primeros reyes de Israel (ver *Unción*, El Mensajero N° 82).

Mesías es sinónimo exacto de la palabra *Cristo*, que es su traducción al griego desde la lengua hebra. En los salmos y otros libros del Antiguo Testamento, la esperanza en la llegada de un futuro Mesías se hace más o menos equivalente a la promesa de un gobierno directo de Dios sobre Israel.

Los salmos mesiánicos tienen su origen natural en la propaganda de la corona de Jerusalén, que como los demás gobernantes de la antigüedad, basaban su autoridad en su presunta relación especialísima con los dioses nacionales. Los reyes de aquel entonces eran considerados hijos de los dioses. Es en el contexto de estas ideas que el Salmo 2 declara:

Se levantan los reyes de la tierra, y los gobernantes traman unidos contra el SEÑOR y contra su Ungido [...] Pero yo he consagrado a mi Rey sobre Sion, mi santo monte. Ciertamente anunciaré el decreto del SEÑOR que me dijo: «Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy [...] Adorad al SEÑOR con reverencia, y alegraos con temblor. Honrad al Hijo para que no se enoje y perezcáis en el camino, pues puede inflamarse de repente su ira. ¡Cuán bienaventurados son todos los que en Él se refugian!» (Biblia de las Américas)

Sin embargo, una vez que estas palabras entran en la Biblia, dejan ya de referirse al rey David o ninguno de sus descendientes en el trono de Jerusalén. Está claro que este Mesías o Hijo de Dios cuya ira es lo mismo que la ira de Dios, tiene que ser algo más que solamente un rey político y militar de un pequeño país como Israel. La presencia de este salmo (y otras expresiones por el estilo) en la Biblia genera una nueva esperanza en un futuro cuando Dios vaya a intervenir mucho más directamente que ahora en el gobierno de los hombres. Aunque el origen de las palabras sea propaganda oficialista en apoyo de la dinas-

tía reinante, su presencia en la Biblia las transforma, de tal suerte que son ahora una promesa mucho más profunda y universal sobre el gobierno divino de nuestras vidas.

Aunque parecería ser que Jesús nunca afirmó rotundamente ser él mismo ese Mesías de las esperanzas de Israel, está claro que muy pronto después de su muerte, resurrección y ascensión al cielo, la Iglesia empezó a utilizar esta expresión —Mesías o Cristo— para referirse a él. Las cartas de Pablo se encuentran entre lo más antiguo de los textos del Nuevo Testamento. Es asombrosa la soltura con que Pablo emplea el término *Cristo* para referirse a Jesús como si fuese ya no un título de realeza sino, de hecho, un nombre personal de Jesús. Pablo habla normalmente de Jesús como «Cristo», a secas, en lugar de decir «el Cristo» («el Mesías»), que parecería ser lo más correcto. Así de estrecha resulta, entonces, en la mente de los apóstoles, la relación entre la persona de Jesús y la figura del Mesías de las esperanzas que inspiran pasajes como los citados del Salmo 2.

Relacionar la persona de Jesús y la figura del Mesías nos parece absolutamente natural a nosotros, entonces, por cuanto el propio Nuevo Testamento establece esa relación. Pero si nos detenemos a pensar en ello, esa asociación es absolutamente asombrosa, extraordinaria y contraria a toda lógica humana. Sólo se llega a pensar que Jesús pueda ser el Mesías, por revelación del Espíritu:

Todo lo contrario de un rey autoritario, cuyos actos de gobierno divino son duros, inflexibles e inapelables como el propio autoritarismo de los dioses de los paganos, Jesús fue un hombre increíblemente manso e indefenso, pobre, sin riquezas ni «enchufe» ni capacidad para hacer valer su voluntad sobre sus semejantes. Su único poder fue el de su amor y compasión para los que eran tan pobres y estaban tan marginados como él mismo. Amigo de los campesinos, las prostitutas, los enfermos, los galileos y samaritanos y todos los ninguneados

por «el sistema», Pilato lo mató con el más absoluto desprecio de su valía después de declararle inocente varias veces. Pilato supo que podía cometer contra él tamaña injusticia, porque Jesús carecía de ningún poder para vengarse.

Declarar «Mesías» a una persona así es, desde luego, tan contrario a toda lógica, que la Iglesia sólo pudo hacerlo por su convencimiento de que en Jesús obraban otras muchas realidades ocultas, invisibles, que sólo se podían percibir por medio de la fe y la guía del Espíritu Santo.

—D.B.

EL MENSAJERO es una publicación de la Secretaría de AMyHCE (Anabautistas, Menonitas y Hermanos en Cristo – España).

c./ Estrella Polar, 10
09197 Quintanadueñas (Burgos)

Director: Dionisio Byler

Las opiniones aquí vertidas no son necesariamente las mantenidas por las Iglesias de AMyHCE ni por el director.

De distribución gratuita en las Iglesias de AMyHCE.

www.menonitas.org